

El Amaru

Houdini Chardín Guerrero Torres*

Se despertó como las otras veces: el cuello empapado de sudor, un dolor cojonudo en la nuca, el cuerpo como si lo hubiesen apaleado. Era el bendito sueño otra vez. “Patentito” –como decía su madre- había visto el okapi. Esta vez tenía tres partes, la cabeza separada por un lado, el cuerpo con las dos patas delanteras por otro lado y aparte -de su cuenta- las dos patas posteriores. Aparte de esta novedad, nada más ocurría, simplemente soñaba que el okapi estaba allí sobre unos algarrobales y lo miraba con ojos desafiantes. “He hecho la guerra hasta con mi vida, pensó el general Velasco, pero sé muy bien que con este okapi no podré”.

Existen oscuridades que no pueden penetrar otras oscuridades, existen también las otras, aquellas que se desvanecen al contacto de un par de fagots. Esa mañana el chino Velasco siente que ha regresado de un largo recorrido por una de las primeras oscuridades. También lo invade la sensación de haber estado metido en un sueño dentro de otro sueño. No sólo okapis sueña el hombre. Hace un tremendo esfuerzo por recordar y unas cuantas imágenes marchan en su mente. Sí, es curioso pero marchan: Un camión cargado de algodón; rostros abofeteados por la miseria; rubios ojos azules carcajeando en un tractor; cepos trabajando día y noche. El general mueve la nuca de izquierda a derecha, se desprende del sueño; claro, es mejor no esforzarse. Además, todo está claro como el agua. Ya no hay tiempo para la duda, ahora la espada está al servicio de los oprimidos. La injusticia sólo se puede combatir de la manera más simple: quitándole la riqueza a los oligarcas que siempre han disfrutado de todo y repartir aquellas riquezas entre los pobres. ¡Carajo!, que no le vengán con cuentos chinos a él, el chino Velasco, cuentos como aquel que no debemos expropiar las azucareras porque son eficientes. Las cosas se hacen o no se hacen. Al pan pan y al vino vino.

El general pensó en lo extraño que era soñar con okapis, nunca en su vida había visto ningún okapi vivo, sólo una vez había visto una fotografía de un okapi en la enciclopedia del profesor Ricardo Lucio, allá en su lejana y siempre presente Piura. En Piura, por cierto, no hay ni habrán okapis. En Piura hay pumas, colombos, zorros, putillas. No tenía ganas de levantarse, el general, le dolía ahora la columna, la sentía arqueada, pero tenía que levantarse si no quería verse preso de los recuerdos, porque claro no se puede vivir de recuerdos pero ellos siempre llegan, como pájaros en primavera, acuden a enredarse en las ramas de la memoria, de nuestra memoria, pero cuando esto sucede, tú, Juan, los recibes a hondazos. Tratas –y no siempre puedes- de romperles la cabeza, de exigirles respeto, tú eres un general y los

* Escritor nacido en Talara (Piura), el 12 de noviembre de 1965 entre sus obras destacan “Para cerrar los ojos de Dios” (1984), “La sombra que miras sabrá de tus cuchillos” (1984), “Los que perdieron te saludan” (1987), “Treinta, treinta” (1996). Ha dirigido las revistas “El algarrobo”, “Chaquira”, “Sietevientos” y “Metáfora piurana” con Alberto Alarcón.

generales no pueden vivir de recuerdos. “Preferible es la nada a los recuerdos”. Pero, ¿qué dices Juan?, estás trapecando espejismos para sacar agua. No te sirve hacerte el duro, Juan, y tú lo sabes, vamos, despierta. Sé muy bien que aquel no era un día cualquiera, que en aquel pedazo de sueño que intentas retener a toda costa, tibio en tu almohada luces con tu uniforme de gala, Consuelo, a tu lado, luce radiante como siempre y tú tienes que firmar un decreto importante, tienes que hablarle al país, has dado el gran paso, todo va a cambiar. Sí, Juan, todo va a cambiar, el país no es el mismo, Juan. ¡Ánimo! ¿Será imposible cambiar el mundo? ¿Quién sabe? pero estamos cerquita de hacerlo, lo sientes, ¡tienes que hacerlo! Lo hiciste, Juan, tu voz suena recia, el patrón ya no comerá de tu pobreza, la tierra es para quien la trabaja. *Ari jurani, kansachun* revolución. El pueblo te ama Juan, chino, contigo hasta la muerte. Así se hace Juan, a las palabras siempre debe acompañarlas la acción.

El general se sentó como quien no quiere la cosa. Le apretaban los zapatos. Consuelo le alcanzó una mazamorra morada. Empezó a saborearla de a pocos. A los limeños les gustaba la mazamorra, él prefería las natillas pero a Consuelo no podía negarle nada y si le daba mazamorra, mazamorra comía. Debía tomar el toro por las astas. Todo dependía del más muchacho, de Ghilardy. No existen los leales ciento por ciento, pero, ahora, necesitaba que Ghilardy lo sea; si no era así, el proceso se iba al tacho de basura, todo iba a ser en vano, justo ahora que eran fuertes, bastaba echar un vistazo a la gente, se le notaba esperanzada, hasta los rojos que dudaban al principio ahora se acercaban, se ilusionaban. El país era otro sin lugar a dudas, sus paisanos habían recuperado la dignidad. Talara ya no era un Estado dentro de otro Estado, los gringos tuvieron que marcharse. Ahora lo amenazaban con Enmiendas de nombre enredado pero de eso se encargaría Mercado Jarrín, Leonidas, los diplomáticos. Lo importante era que Talara ya no decía: yes, como decía el negro Nicomedes.

La tierra era ahora de los campesinos. Su compadre, Manuel Távora, le había escrito que ahora los piuranos podían transitar libremente por la plaza de armas, ese antiguo reducto de la burguesía. Nunca más se volvería pedir permiso para transitar por la plaza. Se podía hacer más, de eso estaba seguro. Pero justo ahora le tocaba entregar el mando, su tiempo en el ejército se cumplía y según los de la Marina, él debía entregar la presidencia.

Bueno, a lo hecho pecho, se despidió de Consuelo y se dirigió a la reunión con el comandante de la Marina y el comandante de la Fuerza Aérea.

El ambiente era tenso cuando llegó. Los ayudantes no podían disimular su nerviosismo. Caballero, el de la Marina, lo saludó fríamente. Ghilardy, lo abrazó efusivamente, sintió que podía contar con él, que tenía palabra de piurano, pero, por si acaso, después de sentarse sacó su pistola y la puso en la mesa frente a él.

Esta madrugada era diferente: lo había escuchado. Eran chillidos como de marrano a punto de ser sacrificado. El okapi chapaleaba en el agua y, otra vez, la mirada, intentando decirle algo; pero era un mensaje que él sentía que

estaba lejos de descifrar. Era un papel desgarrado por la mitad esa mirada del okapi. ¿Tendría que ver esa mirada con los problemas que tenía con Tantaleán Vanini? ¿Por qué el okapi tendría algo que ver con Tantaleán? Le estaban empezando a molestar los continuos roces entre Leonidas y Tantaleán, ¿por qué no eran como Francisco Morales? Francisco hacía su trabajo y no se metía con nadie, era el técnico que la revolución necesitaba. Era leal además y borracho por añadidura. ¿O acaso el okapi le recordaba a su padre? ¿Debía visitar Huancabamba, la tierra de su padre, y, de paso, darse una vuelta por las lagunas de las Huarinjas? Era claro que el okapi le obligaba a recordar a su padre. Y, por supuesto, que es fácil sucumbir a los recuerdos cuando hay un okapi de por medio, nada más uno tiene que cerrar los ojos y internarse por senderos alfombrados por las flores de las poncianas; son senderos rojos y amarillos que hacen doler el corazón.

Hace varias noches que no lo visita el okapi. Es extraño, siente como si lo necesitara para seguir viviendo, ahora que las cosas están difíciles. Duele reconocerlo pero está enfermo, ya no es el toro que arrasa a los toreros y a los aficionados a las corridas. Alguna vez lo silbaron en Acho y ellos no sabían que sus silbidos eran música para sus oídos, blanquitos cagaleche, en masa eran valientes, pero solitos se le doblegaban, le rendían honores. Pero ahora ya nada importaba, el cuerpo se amotinaba, boicoteaba a la revolución. Él estaba dispuesto a dar batalla. Los otros eran los que querían rendirse. Él no podía darse el lujo de capitular, él estaba consiguiendo la segunda independencia del Perú. Pero Consuelo le pide descansar. Y Consuelo dice que he estado a punto de morir, que un médico gringo me ha salvado la vida, que me han tenido que amputar la pierna, que ya no soy el mismo, que mi carácter ha cambiado. Ya no soy Juan, el jugueteón, el chino querendón. Soy un okapi huraño, solitario. No aguanto pulgas. ¿Por qué no vuelve el okapi?

El general está cansado pero recuerda nítido su sueño de anoche. Soñaba con una mujer entrando al mar, era como si la mujer encarara a las olas con preguntas terrestres, pero es sabido que el mar no sabe el mandamiento de la otra mejilla y, entonces, las olas hacen lo suyo, envuelven y envuelven. Pero, aún hay salvación para la muchacha: una lancha, un pescador, un nombre en letras amarillas en la lancha, “sólo tú puedes”; de pronto eran clavos ardientes los que formaban el nombre en la proa. El pescador sigue sin escuchar nada a pesar que sus ojos parecían estar mirando esa cabellera negra que se sumergía lentamente. Ya no se ve la cabellera pero se escuchan gritos pidiendo auxilio. Patentito, al día siguiente, un gordo con un lunar inmenso en la frente rescataba el cuerpo de la muchacha y del pantalón azul sacaba una tarjeta con un nombre ilegible y un dibujo de un corazón con dos flechas incrustadas en el centro. El pescador lloraba y maldecía en voz alta, se culpaba de no haber entendido lo que buscaba aquella muchacha de hermoso cabello negro en aquella playa de sólidos silencios.

-General, hay problemas en Tacna; es el general Morales Bermúdez, está borracho otra vez y está pidiendo su renuncia.

Se sentía incomodo acostado derecho. No tenía más remedio que mirar el techo y allí estaban. El techo era como un plano de la vida, aunque ahora se le antojaba como un océano: partes oscuras, claras, borrosas. Hace una semana que el general jura y rejure que ve rostros en el techo. Un día se lo dijo a Consuelo y ella no le respondió, se limitó a acariciarle como quien susurra, calma, cholito, calma. Necesitaba estar tranquilo, pero no podía. Era increíble cuántas acusaciones le llovían día tras día, a él, precisamente a él, que siempre actuó de buena fe, que siempre quiso lo mejor para su pueblo, que nunca le tembló la mano para defender la revolución; a él que, siendo agregado militar en París, se negó a darle la mano a aquel Ministro de Economía, rufián por los cuatro costados, explotador del pueblo. Peor aún, cuando el embajador pidió brindar por aquellos que hundían al país, ni que estuviera loco, carajo; él siempre tuvo los cojones bien puestos, el embajador se amargó, pero qué diablos, siempre pensó que la moral establece los límites dentro de los cuales deben diseñarse la política y la economía, y esa sarta de malandros encopetados eran unos inmorales de la gran flauta. Se mantuvo en sus trece y el embajador tuvo que hacerse el de la vista gorda. Sonríe, pero no por el recuerdo de París, sonrío al recordar cómo le molestaban a los encopetados sus palabrotas, carajo, si ellas eran la sal de la vida.

Se puso de costado, mirando a la pared y, otra vez, los rostros, algunos parecían buena gente, incluso tenían dibujadas unas sonrisas amables; pero, estaban también los otros, se le carcajaban, le hacían muecas, le sacaban la lengua pero tampoco llegaban a tanto, no le saltaban encima por ejemplo. Pero si lo hicieran no le extrañaría, era natural. ¿Acaso no fue él quien le rompió el espinazo a la oligarquía peruana?, eso no lo pueden negar ni de a vainas, carajo.

La certeza de haber luchado hasta el final siempre le reconfortaba: era lluvia fresca en su corazón de hierro. También, debía reconocer que fue dura la experiencia ¿Cuántos lo abandonaron? ¿Cuántos lo traicionaron? ¿Cuántos se vendieron impunemente al enemigo? ¿Cuántos renegaban ahora de él? Y así podía pasarse una tarde como aquella dándole duro a los ¿cuántos? Y a los ¿por qué? Empezaba a lloviznar, pequeñas gotas se estrellaban en su ventana, hasta en eso era maricona Lima, huevaditas de lluvia. No era como en Piura que cuando llovía, llovía pues, carajo. Tibios, siempre fueron tibios, ¿Quiénes? ¿Los limeños? ¿Sus amigos? ¿Los generales? Son preguntas que lo agobian, pero qué importan estas locuras de viejo a estas alturas de la vida. Y sin embargo, importan mi general, claro que importan, y tú lo sabes chino, de nosotros –no de otros- dependerá en lo fundamental lo que tenga que ser nuestra historia del futuro. Yo dije eso, ¿dónde fue que lo dije? Tiene que haber sido en Piura, la tierra de los algarrobos, los mangos de Morropón, las paltas de Chulucanas, el sol de Paita y la luna de Colán. No importa dónde lo dijiste, importa que lo dijiste, mira a tu alrededor, tienes a Consuelo, a tus hijos, a tus nietos que son yerba fresca en el jardín, estamos nosotros, sobre todo nosotros, *ari jurani, kausachum* revolución, chino, contigo hasta la muerte, Juan Velasco, el Perú. No lo olvides, no lo olvides.

El general se llevó las manos a las orejas. Miró a la pared pero era inútil, ya no estaban allí. Pensó en sus nietos, eran chilalos libres que algún día iban a tener un Perú mejor. No, no eran sólo palabras, él lo había demostrado, se podía carajo, se podía. La cuestión era mantenerse firme, acelerar cuando se debe y frenar cuando se puede. El general cerró los ojos. Algún día, algún día...el Amaru volverá.